

“La sistematización de experiencias produce un conocimiento crítico, dialógico, transformador”

Entrevista a **Oscar Jara Holliday**

Oscar Jara Holliday

Presidente del Consejo de Educación Popular de América Latina y el Caribe (Ceal), San José, Costa Rica.

La sistematización de experiencias es un proceso reflexivo crítico que nace en el contexto de grandes transformaciones sociales, donde lo político, lo ético y lo educativo se evidenciaron íntimamente ligados. En esta entrevista, Oscar Jara nos explica cómo el origen y desarrollo de la sistematización de experiencias la han convertido en una herramienta fundamental tanto para la visibilización y valoración del conocimiento producido en la práctica educativa –sea esta formal o no formal–, como para el empoderamiento colectivo de sus actores.



¿Cuál es el origen de la sistematización de experiencias? ¿Cómo llega a convertirse en una práctica estratégica en la educación popular?

La sistematización de experiencias, tal como la entendemos en el Consejo de Educación Popular de América Latina y el Caribe (Ceeal) y en la Red Mesoamericana Alforja, tiene su origen en la historia latinoamericana y caribeña, como una forma de producción de pensamiento crítico desde las condiciones de nuestra propia realidad.

Así, en los años sesenta, cuando se da el fenómeno de reconceptualización del trabajo social (que antes era considerado “asistencia social” o “servicio social”), se comienzan a valorar los conocimientos que se producen desde esas prácticas. Recordemos que en ese período estaba surgiendo todo un movimiento en torno a pensar América Latina desde nuestro propio contexto y, por tanto, cuestionar los marcos de interpretación teóricos importados desde Europa o Norteamérica, que eran los tradicionales.

Por ello, dentro del marco de esta reconceptualización, se dan varios encuentros regionales de trabajadoras y trabajadores sociales, uno de los cuales (el de Ambato, Ecuador, en 1971) se organiza con el propósito de profundizar en una fundamentación que sustente la disciplina del trabajo social como disciplina académica de igual valor que otras como la sociología, la antropología y la economía. Basándose en el criterio de que las personas que hacían trabajo social estaban muy directamente vinculadas a problemáticas concretas y comprometidas con poblaciones en condiciones difíciles, se buscaba revalorar esa vinculación práctica como un valor agregado para la producción de conocimiento académico, que otras disciplinas no tenían. Así, en dicho encuentro en Ecuador encontramos que se presenta una ponencia de Ana María Quiroga y Leila Lima, de la Escuela de Servicio Social de Belo Horizonte, Brasil, titulada “Sistematización de las prácticas como fuente de teoría”, que yo me atrevería a indicar como una de las primeras, si no la primera, fuente documental que utiliza el término “sistematización” en el sentido que nosotros lo usamos hoy.

Es, entonces, desde este campo del trabajo social reconceptualizado donde surge la categoría de sistematización referida a la producción de conocimientos desde las

prácticas y no solo como ordenamiento, clasificación y catalogación de informaciones dispersas.

En esta misma línea, Teresa Quirós y Diego Palma en Chile (en la Universidad Católica y en la Escuela de Trabajo Social en Valparaíso), profundizarán esta perspectiva de la sistematización de experiencias como eje de vinculación entre práctica y teoría, como atestiguan sus trabajos en los primeros números de la *Revista Trabajo Social* de la Universidad Católica de Chile, en pleno contexto del gobierno de la Unidad Popular, entre 1970 y 1971.

A lo largo de las siguientes décadas, la sistematización de experiencias seguirá en paralelo el mismo trayecto de otros movimientos de acción y pensamiento propiamente latinoamericanos: la educación de adultos, la educación popular, la investigación-acción participativa, la teoría de la dependencia, el teatro del oprimido y la comunicación popular. Todos ellos valoran y promueven la construcción de conocimiento crítico desde las prácticas y en función de su transformación. Sin embargo, se genera también una diversidad de propuestas conceptuales y metodológicas, que están en permanente actualización y debate, lo cual indica que la sistematización es, todavía hoy, un campo muy vivo y en constante recreación.

El desarrollo de la sistematización de experiencias se da en un contexto histórico de revolución y contrarrevolución en América Latina. En ese marco, ¿puede ser interpretada también como un proyecto de transformación social?

Como mencionaba, las concepciones y producciones teóricas y metodológicas de la sistematización de ex-

El conocimiento producido por la sistematización de experiencias implica realizar un ejercicio de teorización desde la práctica, sobre la práctica y en función de la práctica.

perencias han seguido el hilo de las tensiones de nuestra región, a través de las cuales se ha generado permanentemente una confrontación entre las propuestas y modelos socio-políticos transformadores y los conservadores. En nuestra lectura, desde los procesos de educación popular, la sistematización de experiencias es en sí misma un proceso de educación popular: produce un conocimiento crítico, dialógico, transformador.

Así, no sistematizamos por sistematizar ni solo por conocer lo que ocurre o ha ocurrido, sino para cuestionarnos el porqué de los acontecimientos y prácticas, produciendo, por tanto, un conocimiento que sirve como guía para la acción transformadora, en la medida que se basa en una comprensión más amplia y más compleja de la experiencia y de la práctica que le sirve de referencia.

La sistematización de experiencias, en sí, no es un proyecto de transformación social, pero se adscribe a los proyectos de trabajo, de acción y reflexión crítica y transfor-

madora como un aporte particular que es producido por las propias personas que son protagonistas de la acción y, en ese sentido, es un factor para su empoderamiento.

¿Qué impronta deja lo anterior en el carácter de la sistematización de experiencias, desde el punto de vista de la producción de conocimiento?

Todo lo anterior implica que estamos hablando de una epistemología crítica, que vincula la acción con el conocimiento, la práctica con la teoría. El conocimiento producido por la sistematización de experiencias implica realizar un ejercicio de teorización desde la práctica, sobre la práctica y en función de la práctica.

Esto es debido al proceso que seguimos cuando realizamos una sistematización de una determinada experiencia: implica una labor cuidadosa de reconstrucción histórica y ordenamiento de la información producida durante la experiencia, lo que permite tomar una distancia respecto

* Las imágenes de este artículo pertenecen al artista brasileño Cândido Portinari (1903-1962)



Toda sistematización implica la recuperación de la experiencia, la reconstrucción de la lógica del proceso vivido, como base para la realización de una interpretación crítica.

del proceso vivido, sin la cual no sería posible el ejercicio crítico. Toda sistematización implica la recuperación de la experiencia, la reconstrucción de la lógica del proceso vivido, como base para la realización de una interpretación crítica. De ahí también que sea fundamental que durante la experiencia se hayan ido elaborando registros documentales que nos van a servir para ser retomados en una perspectiva de proceso. Vemos aquí también la diferencia entre “documentar” la experiencia, a través de registros escritos, visuales, auditivos, audiovisuales, gráficos, etc. y “sistematizar” la experiencia, como ejercicio de reflexión crítica de un proceso con el fin de obtener aprendizajes significativos y con perspectiva de transformación.

Por otro lado, el conocimiento que producimos con la sistematización nos permite ubicarnos ante nuestras propias experiencias desde otro lugar, desde otra mirada, con otra perspectiva: más integradora, más secuencial. Con ello nos es posible apropiarnos de lo realizado a través de un ejercicio crítico de distanciamiento y, por tanto, no volvemos a ver ni a sentir la experiencia como antes, sea porque hemos realizado descubrimientos y hallazgos de aspectos, relaciones, intervenciones, sentimientos o voces que no habíamos percibido cuando vivíamos la experiencia, pero que estaban allí; sea porque la vemos por primera vez en una visión panorámica e interrelacionada; o sea porque hemos formulado lecciones aprendidas que antes solo las teníamos como intuiciones o incluso no las habíamos percibido. Nuestra propia sensibilidad ante la experiencia vivida también se habrá modificado con la sistematización.

Como decía una compañera paraguaya en un seminario: “después de sistematizar una experiencia, no volvemos a ser las mismas personas”.

En términos generales, ¿cuáles son los fundamentos y los medios por los cuales se realiza esa interpretación crítica implicada en la sistematización?

Los ejercicios de interpretación crítica se basan, en primer lugar, en la mirada nueva que da el haber hecho un proceso de descripción, narración o reconstrucción histórica de la experiencia vivida, produciendo una primera toma de distancia respecto a ella. Ahí surgen inquietudes, preguntas, aspectos novedosos o interrogantes de fondo, sea porque aparecen recurrentemente en la reconstrucción del proceso, sea porque descubrimos que hubo cambios significativos entre un momento y otro, o porque hubo rupturas en las lógicas de lo que se venía avanzando. En segundo lugar, tales ejercicios de interpretación crítica se basan en el contexto teórico del grupo que hace la sistematización, es decir, en las categorías o elementos que explícita o implícitamente sustentan la experiencia. Es decir, de alguna manera la experiencia, vista ahora de manera panorámica o procesual, interroga las afirmaciones sobre las que está sostenida la propia experiencia, poniéndolas a prueba. En tercer lugar, la reflexión sobre la experiencia nos exige profundizar conceptual o teóricamente para poder responder a los cuestionamientos que nos hacemos, obligándonos a ampliar nuestro bagaje teórico actual, que no es suficiente.

Por ejemplo, en el primer caso, un grupo de educadoras o educadores, al reconstruir sus experiencias, encuentra que hay diferencias significativas en la metodología utilizada en torno a una misma materia, dependiendo de quién la aplica. Entonces surge la pregunta: ¿por qué hay estas diferencias?, ¿en qué consisten?, ¿reflejan concepciones diferentes o es que responden a situaciones distintas?, etc.

En el segundo caso, cuando ante esta misma situación nos interrogamos sobre los fundamentos pedagógicos de nuestras propuestas metodológicas o didácticas, y recurrimos a los conceptos o categorías que utilizamos para sustentar nuestro trabajo.

En el tercer caso, cuando ante una situación similar, se origina una discusión sobre la diferencia entre métodos y metodología, sobre constructivismo o hermenéutica, y necesitamos entonces profundizar el estudio de otros marcos conceptuales para responder a las inquietudes que nuestra práctica nos exige.

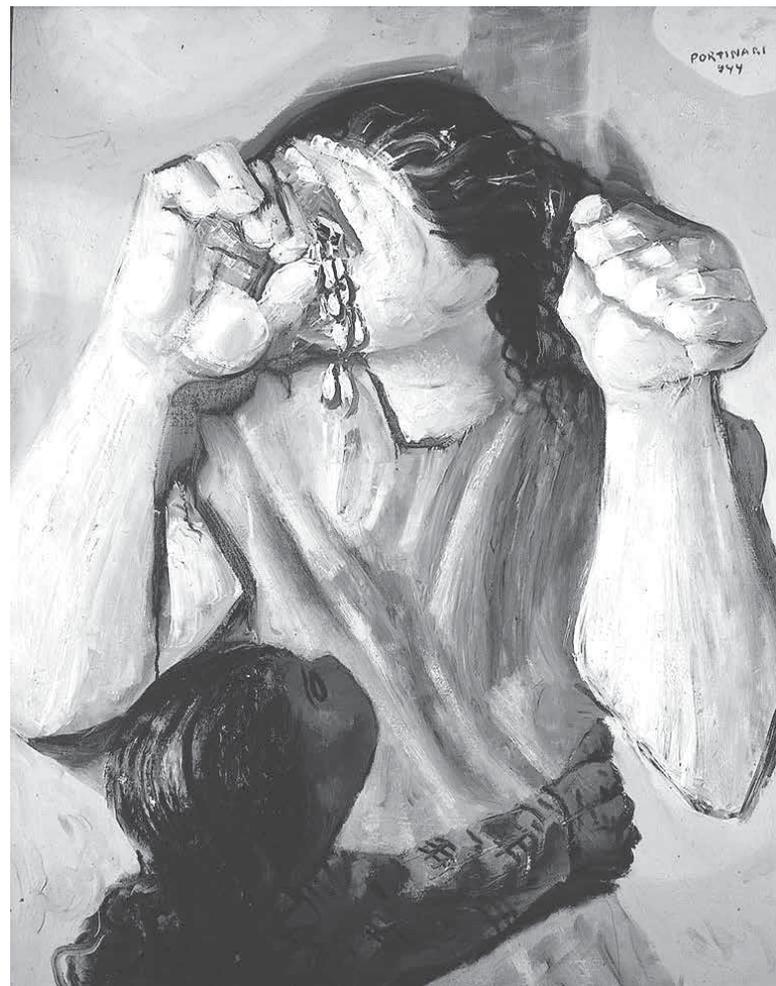
¿Cómo definiría el rol del educador o educadora popular en la actualidad?

Muchas veces se piensa que ser educador o educadora popular es como una profesión que se realiza desde la educación no formal y el ámbito no gubernamental. Pues no, para mí el ser educador o educadora popular es una razón de ser, un sentido, una inspiración, una búsqueda vital e inacabada. Por eso es que se puede ser educadora popular trabajando en una ONG, pero también siendo dirigente de una organización social; o siendo docente de universidad, educador de una escuela, promotora o promotor, líder político, o alguien que dinamiza movimientos en defensa de los derechos humanos, la protección de la naturaleza o la creación artística.

Una educadora o un educador popular es, para mí, aquella persona capaz de generar, impulsar, animar procesos de aprendizaje crítico, de forma intencionada y vinculando el pensamiento, las emociones y las acciones. Quiere decir que es una persona que se coloca ante los procesos sociales, políticos o culturales con disposición de comprensión y de cambio. Se sitúa de forma dialógica y horizontal con otras para aprender en conjunto y se ubica primero como aprendiz, con disposición de asombro y con humildad para aprender de otras personas, antes que pretender enseñarles algo.

Una educadora o educador popular tiene hoy, como siempre, la responsabilidad del compromiso personal y colectivo con la justicia, la equidad, la no discriminación, el respeto a la diversidad, la conquista y la defensa de todos los derechos. Es decir, es una persona que se compromete con transformar democráticamente las relaciones de poder, que busca ser protagonista, sujeto de esa transformación, junto con otras personas; que sabe y tiene la disposición a criticar y a criticarse, a preguntar y a afirmar, a buscar y a transitar por donde considera que es preciso ir. Un educador o educadora popular es una persona que, como dice Paulo Freire, tiene la virtud de la búsqueda de coherencia entre

lo que piensa, lo que dice, lo que siente y lo que hace. Ojo, que la virtud no está en tener o poseer la coherencia, sino en buscarla permanentemente, pues nunca se llega a ella en forma definitiva. "Mi coherencia de ayer puede ser mi incoherencia de mañana; pero también mi incoherencia de ayer, puede ser mi coherencia de hoy", algo así decía Freire. En ese sentido, una educadora o un educador popular procura ser siempre un sujeto político y un sujeto ético en construcción.





En ese sentido, los educadores populares no solo tienen ideas y compromisos transformadores, sino que generan y alimentan procesos vivos de transformación en sí mismas y en otras personas, a través de una concepción metodológica integral que vincula objetivos con acciones. Así, son capaces de impulsar creativamente una secuencia dinámica de interacciones que va dejando saldos y acumulaciones en las personas que participan en esos procesos con creatividad y compromiso. Los educadores populares se plantean un propósito a alcanzar, pero hacen que ese propósito sea el que marque el sentido del quehacer de cada momento, por lo que siempre se enfrentan metodológicamente a la necesidad de improvisar o modificar lo planeado si es que la lógica o el sentido del momento lo requieren, siempre en función del propósito que anima el proceso. Es decir, no se quedan atornilladas o amarradas a las técnicas o a los contenidos preestablecidos en el plan inicial, sino que saben tener la flexibilidad para modificar, recrear, reinventar los distintos momentos del proceso, en diálogo crítico

con las otras personas, de las cuales aprenden todo lo que pueden y a las cuales enseñan todo lo que pueden. Por eso, las educadoras y educadores populares debemos incorporar la sistematización de experiencias como un componente central de nuestro quehacer educativo y de nuestras propuestas pedagógicas.

El sistema educativo chileno (así como el de otros países) se encuentra en crisis debido a una sostenida tendencia a la estandarización, el lucro y la importación de modelos educativos. En este contexto, el rol del docente se ha acercado al de mero reproductor. ¿Qué impacto podría tener en los profesores de nivel escolar la adopción de esta metodología? y ¿qué beneficios y transformaciones podría traer a las comunidades educativas escolares (padres, estudiantes, profesores, directivos)?

Aunque todavía está ocurriendo lentamente, cada vez más países están incorporando la sistematización de experiencias como parte del quehacer docente e investigativo.

Por ejemplo, hay universidades que han descubierto que ella posibilita que los programas de la llamada “extensión universitaria” o “acción social”, produzcan conocimientos consistentes provenientes de las prácticas, que estos sean valorizados por la comunidad académica y que promuevan otras dinámicas en la docencia e investigación tradicional. Asimismo, hay proyectos escolares de primaria y secundaria que generan innovaciones pedagógicas para responder a nuevas necesidades y contextos, que han requerido ser sistematizados para convertirlos en pautas inspiradoras de cambios a niveles más amplios del sistema escolar. Eso ha permitido realizar congresos y festivales pedagógicos basados en los aprendizajes y reflexiones críticas formuladas por el propio personal docente, quienes así han generado procesos interesantes de intercambio y proyección. Es el caso de la Expedición Pedagógica en Colombia; los Festivales de innovación en Centroamérica, que incluyeron la sistematización de experiencias de mejora de la calidad de la educación; la maestría en ciencias de la educación en Cuba, que en lugar de pedir que se hagan tesis de graduación pide que se presenten sistematizaciones de experiencias; y los cursos virtuales impulsados por el Ceaal en el ámbito regional de América Latina y el Caribe, entre otros.

La sistematización permite que se visibilicen prácticas y que se formulen aportes conceptuales por parte de los y las protagonistas de los procesos educativos. Pero también permiten poner en comunicación, en diálogo y en confrontación a los diferentes actores que intervienen: al personal docente y administrativo, a los padres y madres de familia, a las y los estudiantes de distintos ámbitos académicos, porque se cualifica el nivel de comprensión de lo que hacemos y se promueve el intercambio respetuoso de ideas, que vienen sustentadas no solo en la coherencia lógica formal del planteamiento, sino principalmente en los descubrimientos y afirmaciones que surgen de las prácticas reales.

¿Qué condiciones necesita un equipo de educadores para adoptar la sistematización de experiencias como una práctica permanente?

Se necesitaría poder, efectivamente, trabajar en equipo y tener disposición para promover espacios de interaprendizaje por parte de las instituciones y centros educativos, las organizaciones a las que pertenecen los

educadores y las educadoras, y en particular de las personas que tienen cargos directivos. También, cuando un programa gubernamental promueve procesos de formación docente o un organismo internacional lleva a cabo planes de actualización profesional.

Además, se necesita convertir la tradicional convicción de que “es muy importante sistematizar”, en asignación de tiempo y recursos para hacerlo. Necesitamos convencernos de que dedicar algunas horas por semana o por mes a reflexionar sobre nuestras experiencias y producir e intercambiar conocimientos desde ellas, vale tanto la pena que no será una “pérdida de tiempo”, sino, por el contrario, una enorme ganancia en la calidad de nuestro quehacer.

Esto significa que se defina la programación de espacios y tiempos en los centros educativos; que el personal directivo garantice con medidas concretas la prioridad asignada a este esfuerzo; que podamos contar con registros permanentes como diarios de clase, sesiones de debate y actas de nuestras reuniones, de tal manera que luego podamos con facilidad reconstruir nuestras experiencias e interpretarlas críticamente.

Estamos pues en un período de crecimiento y de búsqueda en este campo. Se ha avanzado también mucho. Felizmente, por ejemplo, ya contamos con una importante biblioteca virtual sobre el tema, la que cada día nos ayuda a nutrirnos con experiencias concretas y documentos sustantivos. Les invito a visitarla en: www.cepalforja.org/sistem/bvirtual 

La sistematización permite que se visibilicen prácticas y que se formulen aportes conceptuales por parte de los y las protagonistas de los procesos educativos.